Heriberto Fiorillo, «el tigre de La Cueva»:

a tres años del fallecimiento del fundador del Carnaval Internacional de las Artes

Álvaro Suescún T.[1]

Aunque era una idea fácil, en la ciudad fue tomada como una ocurrencia genial que a nadie nunca se le había pasado por la cabeza. Por eso el único inconveniente que en verdad tuvo fue conseguir la licencia para su funcionamiento y llenar los requisitos para su apertura. Lo demás llegó en cascada: la autorización de los propietarios, la reconstrucción de los espacios, organizar la parte administrativa, definir el modo de funcionamiento, conseguir que se le declarase bien público nacional por su valor histórico. Los obstáculos fueron cediendo ante la avalancha incontenible de sus propósitos por revivir la memoria de quienes allí pernoctaron en jornadas interminables de parrandas y discusiones. Así consiguió un refugio definitivo en la medida en que daba un nuevo soplo de vida a *La Cueva*.

1. Invitado externo. Su correo es: suescun_alvaro@yahoo.es.



Heriberto Fiorillo en su juventud.
Fotografía cedida por Álvaro Suescún.

Aquel sitio era la imagen recolectada de los amigos que acompañaron a García Márquez en los años cincuenta, días que el nobel recordaba como deslumbrantes porque fueron ellos quienes lo asistieron con el préstamo de algunos libros que alimentaron buena parte de su obra.

Pero otra cueva existió antes en Cartagena. Era un restaurante en el Camellón de los Mártires, lugar de trasnochadores con un destino común al que iban a parar todos los que quisieran comer cuando ya no había dónde. Allí García Márquez se sentaba a la mesa con sus amigos de siempre: Clemente Manuel Zavala, Héctor Rojas Herazo, Gustavo Ibarra Merlano y los hermanos De la Espriella, Oscar y Ramiro, hablando a gritos al mismo tiempo, sin entenderse, pero contentos por poder prolongar sus tertulias.

A Heriberto, la idea de revivir este albergue nocturno de cazadores y literatos le cayó del cielo, recién llegado de Nueva York después de ocho años en el exilio. En ese entonces tenía la obsesión de quedarse y terminar un libro sobre El Grupo de Barranquilla. Una vez finalizó aquel propósito, transformó sus energías en un arrollador interés creativo, de modo que la ciudad pudiera disponer de un espacio al servicio de la cultura como homenaje a esos escritores y artistas que estuvieron al lado de García Márquez en aquellos días en que, según sus propias palabras, «era feliz e indocumentado».

En sus paredes se reflejan, a retazos, algunos de esos episodios, plasmados en las pinturas de Orlando «Figurita» Rivera, Alfonso Melo, Juan Antonio Roda y Ángel Loochkartt. También están en el arsenal de fotografías de Nereo López, en donde caben Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Bob Prieto, Ramón Vinyes (el sabio catalán) y Álvaro Cepeda, todos al lado de los murales de Noe León y Alejandro Obregón.

Allí fue donde Fiorillo creó el carnaval que fue el pretexto para que escritores, actores, músicos y artistas plásticos de todas partes del mundo compartieran sus experiencias y los conocimientos que, por ese mismo camino, transitó con beneficio de inventario y buena letra el poeta Miguel Iriarte, a quien designó como su sucesor. Desde entonces, la ciudad entera se convirtió en un gran escenario para el disfrute de la creatividad y el goce popular.

Con Gabo, después del Nobel

En Londres, en el otoño de 1978 y bajo una lluvia a cántaros —había llegado con la misión de escribir sobre algunos sitios de interés turístico para una aerolínea comercial—, Fiorillo pudo cumplir con su propósito real de conocer a Eligio García Márquez, con quien ya había cruzado alguna correspondencia. Esto dio pie a una amistad entrañable, que le daría alas para acercarse a Gabo —a partir de una caja de cartón llena de libros —como decía a manera de explicación.

En aquellos años, junto a Eligio —y con Roberto Burgos Cantor, el otro mosquetero en esta saga— pudo compartir lecturas de juventud y sentarse a manteles con el laureado periodista, quien ya era reconocido universalmente por *Cien años de soledad.* Así pudo disfrutar, entre vinos, de la música que más le gustaba: el Tercer concierto para piano de Béla Bartók; la elegía vallenata a Jaime Molina, de Rafael Escalona; "La diosa coronada", de Leandro Díaz; "Perfidia", del mexicano Alberto Domínguez, su bolero favorito; alguna que otra ranchera; y casi todas las canciones de Manuel Alejandro, tan acordes con sus gustos.

De manera que no tuvo imposibles para ir a México a entrevistarlo cuando se anunció que había ganado el premio Nobel. Así pudimos conocer los pormenores de su estado de exaltación en una crónica titulada *Con Gabo, un día después del Nobel*, momentos previos a una ceremonia de condecoración que le ofreció José López Portillo, el presidente mexicano. Aquella memorable charla fue publicada por la revista Cromos el 26 de octubre de 1982.

El argumento del cine

Heriberto regresó a Barranquilla en 1983 con el fin de trabajar como asesor editorial en *Diario del Caribe*, un periódico que era considerado de vanguardia por su forma peculiar de manejar las noticias y por haber sido el primero en circular los domingos. Tenía una revista que salía los fines de semana, altamente valorada por su tratamiento de los asuntos culturales y la calidad de sus editores, conocedores de todo el acontecer de la literatura y la música. Para entonces ya había pasado la época de Carlos J. María y sus continuadores: Ramón Bacca, Alfredo Gómez Zureck, Margarita Abello, Álvaro Medina y Alfonso Fuenmayor. En ese contexto, el director le asignó la misión de darle nueva presencia al suplemento. Fiorillo respondió haciendo de este un ejemplo de periodismo creador y llevándolo hacia sus mejores épocas. En el *Diario* se casó con Claudia Muñoz, una reportera inteligente que supo mantener con él un cariño juvenil que les duró toda la vida.

El cine seguía apasionándolo: —Soy un periodista al que le dieron la oportunidad de hacer películas —expresó en una entrevista por esos días. En esas pausas de reflexión escribió y dirigió el documental *¡Ay, carnaval!* (1980), y el mediometraje argumental *Aroma de muerte* (1985) el primero autofinanciado y el segundo con el apoyo de Focine.

Un año después filmó *Garabato* (1985), un largometraje que fue premiado en el Concurso Nacional de Guiones de Focine. Estaba obsesionado con el lenguaje audiovisual, escribía guiones, producía videos y algunos programas de televisión de manera independiente; algunos de ellos son *La soledad de El Cabrero* (1985) y *El día que murieron los peces* (1985).

También colaboró en la escritura de *El guacamaya (*1983), dirigida por Pacho Bottía, que se alzó con el premio a la ópera prima del Festival de Nantes; y fue el director asociado de *Los elegidos* (1984), texto de Alfonso López Michelsen, llevado al cine por el cineasta soviético Serguei Soloviev.

Sin embargo, su referente seguía siendo García Márquez, quien nunca cejó en su empeño en hacer cine. San Antonio de los Baños es la escuela de Gabo, él la fundó y estuvo muy cerca de su funcionamiento. Ella era la materialización de su interés por el séptimo arte. Siguiendo este ejemplo, Heriberto consigue el apoyo de Audiovisuales —le fueron encargados el guion y la dirección— para realizar *De amores y delitos* (1995). Hecho para la televisión y grabado en Santa Fe de Antioquia, el filme abordaba el amor prohibido entre Felipa, una esclava negra, y Alejandro, el hijo del patrón.

Eventualmente, siempre buscando el modo de seguir adelante, nuestro protagonista se desempeñó como productor, libretista y director del programa televisivo semanal *Media de medios*. Asimismo, en esos años culminó la edición de *Retratos del Caribe*, un libro de crónicas y reportajes sobre personajes ignorados de nuestra región.

Fiorillo sobre la independencia periodística

En medio de su fiebre creativa, Fiorillo incursionó en el género documental como guionista y director de cine-revista. Convencido de que había encontrado su camino, en 1986 debutó en la televisión con el *Noticiero de las 7*, donde hizo el recorrido desde periodista de la redacción hasta subdirector. Luego estuvo en el *Noticiero del Mediodía* y fue productor en *Noticias Uno*, emitido los festivos y fines de semana, de donde se retiró rechazando lo que él consideraba una «gloria mal habida».

Daniel Coronell, quien se había iniciado en el periodismo de forma paralela a la de Fiorillo, nunca olvidó la rectitud que este último trató de inculcarle: —de él aprendí que hay momentos para renunciar y que un periodista no puede ceder en el terreno de su independencia, aunque muera de hambre —sostuvo alguna vez de manera casual.

Al contrario de lo que el público espera de las personas en el ámbito televisivo, los reporteros que recibieron la influencia de su cautela y buena

razón renunciaron junto con él cuando los dueños del medio donde entonces trabajaba quisieron supeditar su misión periodística a los intereses del gobierno de turno. Para Fiorillo, esta labor se afianzaba en una convicción firme y en un criterio autónomo, lo que lo llevó a recibir amenazas que eventualmente lo obligaron a tomar el camino del exilio.

Al principio, esta situación fue más difícil de lo que cualquiera hubiese imaginado. Apenas le alcanzaba para subsistir en Nueva York cuando Naciones Unidas le ofreció un escampadero trabajando en el campo de la producción radial. Más tarde, el intelectual amplió sus ingresos con una corresponsalía para la revista Semana y lo producido en algunos otros trabajos alternos. Poco a poco, sus asuntos empezaron a mejorar.

Para entonces había madurado la idea de un proyecto donde se pudiera mostrar el liderazgo y la capacidad de figuración de algunos colombianos en el extranjero. Así surgió *Talentos*, una serie de entrevistas emitidas entre 1994 y 1995 y realizada con la ayuda de Alberto Amaya y Daniel Coronell. Los televidentes más acuciosos aún recuerdan las peripecias de la tenista Fabiola Zuluaga, el escritor Daniel Samper, el luthier Carlos Arcieri, el torero César Rincón y el científico Rodolfo Llinás.

Cansado del exilio, regresó al país con suficiente práctica y bastantes conocimientos. El autor tenía la firme intención de recuperar la memoria del Grupo de Barranquilla, dando así el paso feliz para reconstruir el «cenáculo de la mafia», como llamaba Gabo a este grupo de amigos. Estos serían los años en los cuales se dedicó a impartir talleres sobre la estructura, las costuras secretas y los trucos narrativos del oficio para la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Asimismo, pese a la estrechez de tiempo ocasionada por sus múltiples compromisos, asumió con puntualidad la escritura semanal de sus columnas, que se publicaban casi al unísono en *El Tiempo* y *El Heraldo*. De modo importante, también cabe señalar que en ese periodo se dieron las puntadas necesarias para darle vida y sostener el Carnaval Internacional de las Artes.

La mejor vida que tuve

Su última columna apareció en *La Lira,* una revista cultural que ha sido publicada de manera trimestral durante los últimos 22 años. Este medio fue fundado por Diógenes Royet y un grupo de coleccionistas asociados en Cirdamayer. Trabajó allí durante siete años sin faltar jamás, siempre al tanto de los asuntos de la música, sus autores y sus temas más representativos. Resultaba notorio su abundante anecdotario, que siempre compartía en conversaciones con sus colaboradores, a quienes se ufanaba de conocer bien y con quienes hablaba muy a menudo. Eso le brindó una mayor cercanía, casi siempre usada para ejercer el esquivo oficio de crítico, el cual sabía ejecutar de forma diestra por su conocimiento al dedillo de la tarea de la edición. A quienes estuvimos allí, pocas veces nos felicitó, pues el simple hecho de hacer referencia a nuestros actos era en sí el mayor premio.

Y con el tiempo sobrante, que nadie sabía de dónde lo sacaba, escribió *La Cueva, crónica del grupo de Barranquilla* (2002), *La mejor vida que tuve* (2001), *Cantar mi pena* (2001), *Nada es mentira* (2000), *Arde Raúl* (2003) y *Entre líneas* (2025), libros en los que sus intereses principales eran los reportajes, las crónicas y las entrevistas. En algunas ocasiones también incursionó en el cuento.

En alguna vespertina, en el balcón de su apartamento o caminando por el parque de Bellavista, despacio, pero con la mente aguda y la creatividad dispuesta, salpicaba sus comentarios con la agudeza de la inteligencia, alimentados con chispazos de buen humor, casi siempre acompañados por una descriptiva semblanza. —A este paso, estamos llegando al último Heriberto —afirmó alguna vez, recordando el incierto número de heribertos de todas las edades que había sido y que seguía en las fotografías de los pasaportes vencidos que encontraba en las gavetas, maletas y carteras.

A continuación, hizo un comentario sarcástico sobre las diferencias que vio en el avance de sus años desde cuando, peinado a medio lado, intentaba esconder la vergüenza del estrabismo y la miopía que cargaba desde su niñez. —Ese tipo murió rápido —sentenció. Igual desconcierto tuvo cuando se vio retratado en aquel adolescente de pelo largo y desordenado, y en aquel otro corpulento con gafas oscuras y cabellos rizados. Y así fueron llegando a su memoria las versiones de todas sus edades. Él había sido todos esos personajes, pero ahora sentía que solo quedaba su mirada ambiciosa, como si quisiera volver a habitarlos todos, volver a esas vidas cambiando de piel.

—Esa es la razón de la entrega de las máscaras en el Carnaval de las Artes —me dijo, y agregó: —Es la mejor opción para ponerse en el lugar donde mejor parezca en el camino de los años.

En su caso, ese camino lo había anclado en esta ciudad. Alguna vez le preguntaron de qué lugar sentía nostalgia en la vida y respondió con una frase que ya les pertenece a muchos: «Cuando estoy en cualquier parte del mundo, siento nostalgia de Barranquilla, pero cuando estoy en Barranquilla, no siento nostalgia de ninguna parte». Aunque esto no era exactamente lo que quería decir. Muchas veces le oímos decir que añoraba sus días en el colegio San José, el mismo donde estudiaron Gabo, José Consuegra, el fundador de la U. Simón Bolívar y Juan B. Fernández, director de *El Heraldo*, diario del que fue editor y jefe de redacción.

En el San José, donde estudió Gabo también

Fueron días inolvidables, aun con sus contratiempos. Gangoso, con la garganta irritada y acompañado al piano por un cura, debió cantar Malagueña en un acto del Centro Artístico. No logró terminar. De su padre había heredado la afición por la música y él estaba presenciando aquel desastre. Al regresar, apenas acomodó su vergüenza dentro del carro, este le dio un abrazo y una voz de aliento: «Si no puedes cantar, escribe sobre eso. Se siente igual de bien». Así lo hizo.

Había sido un estudiante de notas regulares, no fue bueno para las matemáticas y había perdido un año de bachillerato. Queriendo resarcirse, estudió para superar los altibajos y, asombrosamente, resultó ser el bachiller que obtuvo más medallas en ese 1969, ganando el derecho a participar en el concurso nacional que Coltejer patrocinaba para los mejores estudiantes.

Sobre su encuentro con los libros, alguna vez contó que su abuela formó un alboroto feliz cuando descubrió que ya leía de corrido. Todavía no llegaba a los cuatro años. En adelante sería un lector voraz, pero se mostraba muy sensible al diferenciar que era incondicional con la lectura, no con los libros. Sugería apartarse de los libros malos, que eran muchos; sin embargo, daba opción de confianza al escritor en sus primeras veinte páginas. Si a esa altura no había curiosidad o interés, había que tirarse de ese barco. En general, hablando de libros literarios e históricos, eran más los que lo decepcionaban. Entre sus exigencias estaba que lo escrito no aburriera, que el texto fuera original en su forma y en su manera de ser escrito y contado y, finalmente, que relatara una historia.

El eco de su paso por el colegio San José anticipaba qué tan determinante fue este para consolidar su vocación. Se destacó como locutor en el programa radial *Antena Mariana*, escribía notas culturales en los periódicos *Ahora* y *Antorcha Juvenil*, donde entrevistó a Armando Miranda, Othón Da Cunha y Othón Valentín, todos ellos jugadores de Junior. También logró entrevistar a Richie Ray cuando este vino con Bobby Cruz en su primera visita a Barranquilla, pero ese texto se quedó en el tintero por «falta de periódico», como nos dijo con voz de lamento en cierta ocasión.

En una cartelera mural de la escuela publicaron cartas que les enviaban como respuesta a inquietudes que, osadamente, les planteaban a algunos mandatarios latinoamericanos. Allí exhibieron con cierta pedantería la del dictador argentino Juan Carlos Onganía, el presidente mexicano Gustavo Díaz Ordaz, la de un secretario de Estados Unidos,



Fiorillo por Roberto Rodríguez Osorio.

un asesor de la reina de Inglaterra, entre otras que recordaba con ínfulas de reportero en ciernes.

«El tigre», tal como lo pintan

Para entonces ya leía las notas que, sobre las películas en cartelera, Alberto Duque escribía semanalmente para *El Heraldo*. Invitado por uno de los curas, este apareció en clase una tarde, hablando con un desplante retórico que le ganó muchos admiradores. Así supo de *El acorazado Potemkin,* un clásico que el conferencista desarmó con la misma maestría con que su autor, Sergio Eisenstein, lo había armado a comienzos de siglo.

A partir de entonces dio en coincidir con Duque López, escarbando en los periódicos donde este escribía. Allí encontró otro tesoro: sus columnas eran también sobre libros, descubriendo a un empedernido lector con información sustentada sobre los escritores y cineastas más renombrados del mundo. Quiso el destino que años más tarde pudieran ser amigos, y que se encontraran en Bogotá, escritorio de por medio, en la revista *Cromos* y en la *Revista del Jueves*, de *El Espectador*. En esos tiempos se pusieron de acuerdo para hacer la revista de Cine Colombia.

A Duque le decían «El Tigre» por su perturbadora manía de llamar así a sus interlocutores. Ahora saben ustedes, caros amigos de «Fiori», por qué él nos llamaba de esa manera. Pues bien, aquel «tigre» era dueño de una muy cuidada prosa, extraída de las sensibles lecturas que hacía de Cortázar y otros escritores del llamado *Boom* de la literatura latinoamericana. Eso le valió el premio Esso de Novela Colombiana en 1968, en plena irrupción del fenómeno García Márquez, de quien —no estaría de más decirlo— era un obsecuente admirador.

Entrelíneas, con *Collage*

Con Julio Olaciregui y Marco García, de Collage Editores, tuvimos, en el salón Luis Vicens, de La Cueva, una de sus acostumbradas charlas didácticas, esta vez con ocasión del lanzamiento de su libro *Entre líneas* (2015), al cuidado de Marly Solano. En esa ocasión nos habló del oficio, de cómo la columna resultaba ser un espacio de expresión: —en mi condición de contador de historias y periodista escéptico por principio —afirmó —más cuestionando que dando mi opinión, con más preguntas que respuestas, incurro de modo manifiesto en provocaciones, en recreaciones ancladas en la realidad. En lugar de ofrecer su punto de vista, acostumbraba a contar una historia o improvisar interpretando lo que había en la mente y el sentimiento de sus lectores, que eran concebidos como una extensión suya, de su condición humana.

—El compromiso primordial de un periodista es con sus lectores —me dijo una vez durante una conversación casual en su oficina. Un comentario que ilustra su labor como columnista, ejercida desde un concepto de responsabilidad total, con el ánimo de arrojar luces sobre los hechos que eran materia de su arduo y pormenorizado análisis. El valor de la palabra como testimonio, tal era la esencia de su credo. A estas alturas, aún no entiendo las razones por las que me pidió que escribiera su prólogo. Pero sí recuerdo el abrazo efusivo que me dio una vez que lo hubo leído: —Diste en el clavo, tigre —me expresó con euforia.

El picante le da sabor a la vida

En Santo Domingo, la capital dominicana, almorzando con Claudia Muñoz, su esposa; con José Antonio Segebre, embajador de Colombia en esa isla, y con Alexis Méndez, en un restaurante de comidas criollas frente al mar de las Antillas, nos dio una cátedra de sabores. Dijo que le gustaba la comida condimentada con ají picante, costumbre que traía desde sus días de estudiante en Los Ángeles, región que había pertenecido a México y conservaba muchas de sus costumbres gastronómicas y culturales.

Lo preparaba con salsa de tomate, chipotle o aceite de oliva, y mezclaba ese condimento con el arroz, la carne, los granos o la ensalada. A veces le echaba

picante al pan, a la arepa… ¡al bollo de yuca! Este, que ya era un vicio gastronómico, lo había adquirido en un extenso viaje por el país azteca cuando todavía era un estudiante. En esa travesía aprendió a degustar bocadillos como la quesadilla habanera y el sánduche jalapeño. Desde entonces, fue parte indispensable de sus comidas.

Claudia, que también era brava a la hora de servir el «pique», como lo llamaba a veces, nos dijo que, en cierta ocasión, en una cafetería de Buenos Aires que estaba muy cerca de la avenida Santos Discépolo —un compositor que tiene en su haber tangos fundamentales como *Uno*, *Yira* y *Las cuarenta*— «Fiori», que tarareaba una de estas melodías con regusto, pidió salsa picante para adelantar unas empanadas que ofrecían su sabor exquisito desde el mostrador. La única salsa que les ofrecieron fue chimichurri para la carne y el chorizo. De contera, los anfitriones los regañaron por «echar a perder las empanadas», abrumados por lo que consideraban una petición gastronómica anómala. Desde entonces, y por mucho tiempo, Claudia añadió a su equipaje un par de frascos de ají.

El 16 de marzo de 2021, el Ministerio de Cultura le entregó la Medalla al Mérito Cultural por descentralizar las diferentes expresiones culturales a través de la Fundación La Cueva y el Carnaval Internacional de las Artes: «Fiorillo ha dejado una huella y un legado trascendental en Colombia y particularmente en Barranquilla, se ha destacado durante casi dos décadas por entregar a sus coterráneos un espacio que ha contribuido a la descentralización de la cultura y, como reza su eslogan, es un lugar único en el mundo», afirmaba el documento que sustentaba esta presea.

Quisiera concluir evocando que el compromiso esencial de «Fiori» era con su audiencia, a quienes se debía con una fidelidad absoluta. En esa entrega se revela el núcleo de su vocación: la columna no como ejercicio efímero, sino como acto de conciencia plena, como claridad encendida ante la maraña de los acontecimientos. Semana a semana, desde Barranquilla o desde cualquier geografía circunstancial, escribía con la convicción de que cada frase era un pacto y cada juicio, una responsabilidad. ❞